**LA BRUJA QUE ROBÓ EL SOL**

*Javier García Pajares*

**PRÓLOGO**

Cuando yo era pequeño, Batman o Superman eran algunos de mis superhéroes favoritos. Recuerdo que todos esos personajes que me impresionaban con sus superpoderes eran hombres, por supuesto. Con el tiempo aprendí lo que todavía hoy muchas personas no saben: que las mujeres también quieren matar dragones, que ninguna mujer espera a un hombre eternamente dormida o que hay hombres que son tan bestias que ni la Bella debería tener que aguantarlos. Poco a poco se va produciendo un cambio social en una sociedad hoy por hoy machista.

La discapacidad, al igual que el género, está estereotipada. Cuando yo era un niño y adquirí mi sordoceguera, pasé por una etapa de acoso escolar que ningún niño debería pasar. Por suerte, aquello que antes me hizo daño me convirtió después en un ejemplo de superación. Aunque a mí ya no me duela, es una recompensa agridulce porque ningún niño, con o sin discapacidad, debería tener que pasarlo mal para convertirse en un referente para otros, para ser un pequeño superhéroe.

He escrito este cuento por todos los niños sordociegos que, en su día a día, son pequeños superhéroes con superpoderes tales como hablar o ver con las manos. Pero, sobre todo, he escrito este cuento por todas las niñas sordociegas que, por desgracia, pasan o pasarán por una doble discriminación. Por eso la protagonista de mi cuento es una niña sordociega. Lía será una Estrella Fugaz en la Noche a la que los otros niños pedirán un deseo.

Por cierto, he intentado ser feminista con el lenguaje, dando protagonismo en la historia tanto a niños como a niñas, pero el español tiene sus carencias.

Espero que te guste tanto como a mí.

***Para Cristina, mi gran Sol***

Érase una vez una aldea donde la Noche nunca llegaba. Un gigantesco Sol brillaba siempre en el cielo. Los niños saltaban a la comba, cantaban y bailaban. Era una aldea llena de sonidos y colores.

Lía era la única niña que no era feliz. Los otros niños nunca querían jugar con ella. Lía no podía ver los colores. Tampoco podía oír bien los sonidos. Lía era una niña sordociega.

Lía pasaba la mayor parte de su tiempo en casa. Le gustaba mucho leer cuentos en braille. Los mejores amigos de Lía eran los personajes de los cuentos que leía. Ellos pintaban su mundo de colores, le contaban secretos y aventuras increíbles. Lía era una niña sordociega que soñaba con ser aventurera.

Cerca de la aldea, en lo alto de una colina, había un castillo donde nunca llegaba la luz del Sol. Un montón de nubes negras ocupaban siempre el cielo. Era el castillo de la bruja de la Noche, una bruja malvada y envidiosa que odiaba que los niños de la aldea fueran felices.

Un día, la bruja de la Noche estaba tan harta que decidió robar el Sol. La bruja de la noche hizo una cuerda mágica con polvo de Estrellas y ató una roca de Luna en uno de sus extremos. Luego cogió la roca de Luna y la lanzó hacia el Sol. La lanzó con tanta fuerza que la cuerda mágica de polvo de Estrellas dio tres vueltas al Sol. La bruja de la Noche tiró y tiró de la cuerda mágica. Cuanto más tiraba la bruja, más cerca del castillo estaba el Sol y más cerca de la aldea estaba la Noche. La bruja de la Noche dio un último tirón con todas sus fuerzas y encerró el Sol en su castillo.

La Noche llegó a la aldea. Los colores desaparecieron en la oscuridad y los niños empezaron a temblar. El silencio rodeó a los niños y los niños empezaron a gritar. Los niños tenían miedo, mucho miedo.

Lía era la única niña que no tenía miedo. Ella no sabía que la Noche había llegado. Tampoco sabía que los otros niños gritaban. Acostumbrada como estaba a la oscuridad y al silencio, el mundo de Lía seguía igual.

Una niña gritó tan fuerte que los demás niños se callaron. «¡Tenemos que encontrar a Lía, es la única que puede ayudarnos!», dijo la niña. «¡Sí!», gritaron los otros niños a la vez. Todos los niños empezaron a buscar a Lía en la oscuridad. Una niña se chocó con un árbol. Un niño pisó una caca de vaca. Los niños gritaban el nombre de Lía y Lía no les oía.

Por fin un niño encontró la casa de Lía. El niño lo supo porque la casa de Lía era la única de toda la aldea que no tenía escaleras. «¡La he encontrado!», gritó el niño. Los demás niños comenzaron a andar hacia el lugar del que procedía su voz y poco a poco, entre golpes y cacas, todos los niños llegaron a la casa de Lía.

Lía se sorprendió mucho de tener compañía. Los otros niños le contaron que la bruja de la Noche había robado el Sol. Se acercaban a la oreja de Lía y hablaban en susurros para que ella les pudiera escuchar. El corazón de Lía cada vez latía con más fuerza. ¡Por fin iba a vivir una aventura!

«Tengo un plan», dijo Lía cuando los otros niños terminaron de contarle la historia. «Mis amigos de los cuentos me han dicho que la bruja de la Noche es muy golosa. En el jardín de mi casa hay un limonero mágico. Si alguien malvado come uno solo de sus limones, se quedará dormido para siempre. Podemos hacer una deliciosa tarta de limón para llevarla al castillo. Cuando la bruja de la Noche pruebe la tarta, se quedará dormida para siempre y nosotros podremos liberar el Sol».

«Pero no podemos ver los limones porque todo está oscuro, ¿cómo los cogeremos?», preguntó una niña. Lía abrió la puerta del jardín y un fuerte olor a limón llenó toda la casa. «No podemos ver los limones, pero podemos olerlos», contestó Lía. «Deja que tu olfato te guíe hasta el limonero y toca sus ramas con tus manos para encontrar los limones. Así podremos cogerlos y hacer la tarta con ayuda de nuestras manos».

«Pero no podemos subir a lo alto de la colina haciendo ruido porque la bruja de la Noche tiene un oído muy fino, ¿cómo hablaremos?», quiso saber un niño. Lía se acercó al niño. «No podemos hablar con la boca, pero podemos hablar con las manos», respondió Lía. «Coge mi mano y dibuja sobre mi palma letras mayúsculas con tu dedo índice, una encima de otra. Así sabré lo que dices y yo podré hablarte igual».

«Pero no podemos ver el camino hasta el castillo porque todo está oscuro, ¿cómo llegaremos?», preguntó otra niña. Lía cogió su bastón rojo-blanco. «No podemos ver el camino con los ojos, pero podemos verlo a través del tacto», contestó Lía. «Deja que mi bastón rojo-blanco me indique el camino y cógete de mi brazo. Así yo sabré por dónde ir y tú podrás seguirme».

Los niños hicieron la tarta de limón con ayuda de sus manos y cogidos por el brazo, uno detrás de otro, partieron hacia el castillo de la bruja de la Noche. El bastón rojo-blanco de Lía era una Estrella Fugaz en la oscuridad. Las manos de los niños no paraban de hablar en silencio. Un agradable olor a limón les acompañaba en el camino.

Cuando los niños llegaron a lo alto de la colina, dejaron la tarta de limón en la entrada del castillo y llamaron a la puerta. Después se escondieron en la oscuridad y esperaron en silencio. Tic, tac. Los niños sentían cada latido de su corazón. Tic, tac. Por fin la puerta del castillo se abrió. «Hmmm... ¡Qué olor tan delicioso!, exclamó la bruja de la Noche con una voz que hizo temblar a los niños. Y, golosa como era, la bruja de la Noche se zampó la tarta entera y se quedó dormida para siempre.

Los niños entraron en el castillo con mucho cuidado de no tocar a la bruja de la Noche. «Ahora no podemos saber dónde está el Sol porque el castillo es enorme, ¿cómo lo encontraremos?», se preocupó un niño. Lía no era una niña dispuesta a rendirse. «Todavía no podemos ver el Sol, pero podemos sentirlo», respondió Lía. «El Sol desprende calor, deja que el calor te guíe hasta él. Así podremos encontrarlo y sacarlo de aquí».

Y Lía tenía razón. El calor llevó a los niños hasta el Sol. Lía tocó la pared con su mano hasta encontrar la puerta y la abrió. La luz llenó la oscuridad y los niños chillaron de felicidad. Lía, que seguía a oscuras, había devuelto a los otros niños los colores.

El Sol era una esfera gigante. Un solo niño no habría podido moverlo ni un centímetro, pero los niños habían llegado hasta allí cogidos del brazo, unidos. Después de abrir una enorme ventana, los niños rodearon el Sol y lo levantaron entre todos. «1, 2, 3... ¡Ya!», gritó Lía. Con todas sus fuerzas, todos a la de ya, los niños lanzaron el Sol por la ventana hasta lo más alto del cielo. ¡Lo habían conseguido! ¡Acababan de liberar el Sol!

El Sol volvió a la aldea. Todo era igual y diferente. Era igual porque la aldea se llenó de sonidos y colores. Era diferente porque los otros niños enseñaban a Lía a cantar y Lía les enseñaba a leer en braille. Era diferente porque los otros niños enseñaban a Lía a bailar y Lía enseñaba a los otros niños a utilizar su bastón rojo-blanco con los ojos vendados. Pero, sobre todo, era diferente porque los otros niños enseñaban a Lía a saltar a la comba y Lía les había enseñado a saltar los obstáculos.